

Aventuras históricas

Las panteras de Argel

Las hijas de los faraones

Cartago en llamas

El Capitán Tormenta

El León de Damasco

Emilio Salgari



Aventuras históricas

Emilio Salgari

Clásicos salgarianos: Volume 7
An omnibus compilation of five titles:

Las panteras de Argel

Título original: *Le pantere di Algeri*

First published in Italian in 1903

Las hijas de los faraones

Título original: *Le figlie dei faraoni*

First published in Italian in 1905

Cartago en llamas

Título original: *Cartagine in fiamme*

First published in Italian in 1908

El Capitán Tormenta

Título original: *Capitan Tempesta*

First published in Italian in 1905

El León de Damasco

Título original: *Il Leone di Damasco*

First published in Italian in 1910

Cover: *Battle of the Crusades* di Jan van Huchtenberg, 1720

ISBN: 9781987886368

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Cartago en llamas

Capítulo 1

El dios antropófago

—¡MUERA LA ROMANA!

—¡Sean quemadas sus entrañas en el pecho de Moloch!

—Quedará agradecido y nos infundirá nuevas fuerzas.

—¡Muera!, ¡muera! ¡Moloch quiere víctimas enemigas!

Un inmenso aullido, escapado de treinta o cuarenta mil pechos, que parecía el mugido de una gran marea cuando embiste, derriba los diques, cubrió por algunos instantes aquellas voces aisladas.

—¡Muera! ¡Con nuestros hijos!

Había cerrado la noche, pero parecía que sobre Cartago, la opulenta colonia fenicia que disputaba feroz, valerosamente a la poderosa Roma el dominio del mundo antiguo, resplandecían millares de pequeños soles.

A través de la inmensa avenida de Khamon, que dividía la ciudad en dos partes distintas, bordeada por maravillosas alamedas de soberbias palmeras, descendía una inmensa muchedumbre hacia el templo dedicado al terrible dios Moloch Baal, el dios representante del fuego maléfico: el rayo que incendia las mieses, los ardores del sol que esterilizan la llanura, y, para aplacar al cual, fenicios y cartagineses ofrecían entre sus brazos ardientes o en el antro monstruoso de su pecho sus hijos predilectos, para que se abrasaran vivos.

Eran millares y millares de mercaderes, de navegantes, de guerreros, de carpinteros, de alfareros, y fabricantes de estatuillas, de armas númeradas, mauritanos, negros mercenarios y marineros de Tiro y de Arados, y bajaban en masas compactas desde la necrópolis, llevando un infinito número de astas de hierro en cuyo extremo ardían globos de algodón impregnados de materias resinosas que relampagueaban hasta deslumbrar.

Bajaban en confusión, en medio de manadas de elefantes gigantescos que llevaban a lomo torres de madera llenas de saeteras; de camellos, de asnos, de carros de guerra sobre los cuales se levantaban robustas catapultas, entre un estruendo ensordecedor de enormes odres furiosamente golpeados por negros gigantescos, de *shemith* de ocho cuerdas, de *kinnor* que tenían diez, y de *nevel*, que a veces tenían quince.

En medio de aquellas millaradas de personas pertenecientes a todos los estamentos sociales y que parecían presas de un verdadero furor, se abrían fatigosamente paso los sacerdotes de Baalshamin, el dios de los espacios celestes; de Baal Peor, el dios de los montes sagrados; de Baal Zebub, dios de la corrupción; de Astarté, la eterna divinidad del amor, la gran voluptuosa que Asia, patria antigua de los colonos cartagineses, había adorado desde los tiempos más antiguos y debía reinar más adelante, en virtud de su gracia omnipotente, sobre Grecia y sobre Roma con el nombre de Venus; de Tanit, que representaba para los cartagineses el sol, y de Melkart, que, con sus trabajos, mucho más prodigiosos que los de Hércules, era la encarnación de la fuerza del genio fenicio y al cual se atribuían los grandes descubrimientos, comenzando por la creación del alfabeto y de la navegación.

Todos llevaban sus vestidos de mayor gala: los sacerdotes de Khamon ostentaban sus ricas túnicas de lana aleonada, de anchos y largos pliegues, a lo asirio, y las inmensas mitras de plata sobre la cabeza; los de Esmún, sus grandes mantos de lino con cuellos blancos; los de Melkart, sus ropajes morados que resaltaban vivamente al resplandor de aquellas innumerables luces; los de Abbadiris se reconocían por sus largas zamarras, asaz estrechas, de color de mar, sembradas de estrellitas que representaban el octavo *cabú*, el último planeta descubierto por los cartagineses, aunque no era otro que la Estrella Polar, su Esmún, al que tributaban apasionado culto, instintivo, supersticioso hasta el fanatismo, pero muy puesto en razón lidiadora de una nación de marineros, porque la misteriosa estrella del norte era la única que guiaba, en aquellas lejanas épocas, a sus gloriosos navegantes por el Mediterráneo, por el Atlántico y aun tal vez mucho más allá, por la Atlántida misteriosa, y quizás también hasta llegar a las lejanas Américas.

Detrás de aquella turba de sacerdotes, bajo baldaquinos de púrpura, de aquella famosa púrpura que sólo los fenicios y sus colonos sabían fabricar y teñir, y sirvió de ornamento y enriqueció, por siglos y siglos, sin que nadie consiguiese arrancarles su secreto, los vestidos y los mantos de los poderosos y llegó a ser sinónimo de poder imperial, eran conducidos sobre palanquines dorados los ídolos inferiores.

He ahí a Baal, que no era otro que el Bel caldeo, convertido en Zeus o Júpiter para los griegos; he ahí a Melkir, hijo de los domadores de leones de

la Mesopotamia, prototipo de Hércules; Adonis, el hermoso mancebo, dios de la primavera, y Tommoz, el dios predilecto, que Ishtar fue a buscar hasta las profundas y humeantes vorágines del infierno, y pasó, sin cambiar siquiera de nombre, a la mitología griega; Shapash, la antorcha de los dioses, y, por fin, sobre un inmenso carro, que en vez de ruedas tenía cilindros de palo de cedro, el terrible e insaciable dios Moloch Baal, el devorador de las vírgenes y de los niños, arrastrado por algunas docenas de robustos númidas, todo en bronce, con los brazos extendidos y un gran agujero en medio del pecho.

—¡Muera la romana! —vociferaba la turba que rodeaba aquel monstruoso ídolo—. ¡Muera con nuestros hijos!

Las filas de los mercenarios de la República cartaginesa cargaron furiosamente con las conteras de sus lanzas sobre las masas populares, para abrir paso a los sacerdotes, a los baldaquinos, a los dioses, a los elefantes, a los camellos, pero parecía que nadie se resintiese de aquellos golpes.

Aquel rugido tremendo, que parecía lanzado por el mar en noche de tempestad, se repetía siempre igual, feroz, terrible.

—¡Muera la romana! ¡A muerte con nuestros hijos!

—¡Viva la república!

—¡Danos aún la victoria, Moloch Baal! ¡Devora a nuestros hijos, pero salva la patria!

—¡Acuérdate de Régulo!

—¡Sálvanos, Moloch! ¡Sálvanos, dios del fuego y de los rayos!

La inmensa procesión, entre aquel ruido horrendo de rugidos, de enormes tambores, de ensordecedores címbalos y de instrumentos de cuerda, a la luz lívida, cadavérica, de aquellas astas de hierro terminadas en pelotas empapadas de resina, entre los mugidos formidables de los elefantes, el ulular estridente de los camellos y los bramidos de los asnos, avanzaba siempre. Detrás del monstruoso dios de bronce que los hercúleos númidas arrastraban jadeantes, seguían hasta veinte niños, todos vestidos de púrpura, coronados con guirnaldas de flores, pálidos, llorosos, porque no ignoraban ya la suerte horrenda a que les habían condenado sus padres para la salvación de la patria en peligro y el triunfo de las hordas mercenarias que luchaban en vano en Hispania y Cerdeña contra las pujantes e incesantes arremetidas de la hasta entonces invicta República romana.

En medio de ellos se erguía la figura gentil de una doncella de blanca tez, larguísimos y rizados cabellos negros, con las opulentas formas de las fuertes mujeres de la Etruria itálica, y los ojos negrísimos y aterciopelados.

Llevaba una sencilla túnica, semejante a una camisa, bastante abierta por el cuello, hasta enseñar los hombros, y por único adorno un brazalete de bronce, de forma espiral, parecida a una serpiente, en la muñeca izquierda.

Estaba palidísima y a veces experimentaba un fuerte sacudimiento, pero andaba, no obstante, sin necesidad de que la empujasen, ni de que la sostuviesen, con los ojos fijos en lo alto, dilatados por un intenso terror y una angustia inexpressable.

La procesión, llegada finalmente a una inmensa plaza rodeada de macizas casas de forma cuadrada, con vastas azoteas henchidas de gente, se detuvo.

Los mercenarios rechazaron hacia las casas a la muchedumbre, cargando brutalmente sobre hombres y mujeres, sin distinción, y una vez quedó un espacio bastante anchuroso, hicieron avanzar al monstruoso dios Moloch.

De pronto se adelantó una escuadra compuesta de veinte esclavos, que arrojaron alrededor del ídolo cuarenta haces de leña de laurel, de cedro, de odres, para poner incandescente del todo aquella enorme masa de bronce, puesto que por el fuego debían perecer, dentro de aquella espantosa cavidad que debía convertirse en una especie de horno crematorio, la joven romana y los niños cartagineses escogidos entre las más ilustres familias de la ciudad, para que el monstruoso dios agradeciese mejor el holocausto atroz.

No había para sorprenderse de que los cartagineses, que habían heredado la ferocidad de los fenicios, de igual manera que sus supersticiones, sacrificasen, en momentos en que la patria estaba en peligro, sus hijos al temido dios del fuego.

Los brazos incandescentes de Moloch estaban abiertos todo el año para recibir las presas humanas que se le ofrecían y que por lo común eran niños que sus mismos padres entregaban, sin derramar ninguna lágrima, sin un solo estremecimiento de horror.

Por lo común eran las mujeres de los marineros las que ofrecían mayor número de víctimas al ídolo monstruoso, porque esperaban con aquellos holocaustos humanos conjurar la implacable avidez de las olas y salvar de este modo la vida a sus navegantes, extraviados en remotas regiones, sobre los mares inclementes del septentrión, donde aquellos audaces se

aventuraban osadamente entre los hielos y las nieblas a fin de procurarse el estaño necesario para sus bronce, y que no encontraban en sus tierras.

En Tiro, la opulenta colonia fenicia de Asia Menor, como en Cartago, hacían votos y promesas a Moloch, votos y promesas de carne tierna, de miembros infantiles y de juveniles cabelleras; y votos y promesas mantenían escrupulosamente las madres aun después del retorno de los maridos, salvos de las tempestades del Mediterráneo y del misterioso Atlántico, porque la siniestra amenaza del mar estaba siempre levantada en alto y podía caer más tarde...

En la inmensa plaza se había establecido hondo silencio. El *sheminitb*, los *kinnor*, los *nevel* los atabales habían enmudecido y la muchedumbre no circulaba ya.

Parecía que un súbito espanto hubiese sobrecogido a aquella multitud, que poco antes tan despiadada se mostrara contra aquella hija de la fuerte Roma.

El sumo sacerdote de Moloch, anciano de imponente estatura, que llevaba sobre la cabeza una especie de mitra asiría de metal dorado y, en el pecho y sobre la larga túnica morada, una gran placa de oro, de forma rectangular, toda ella cubierta de piedras preciosas, rubíes y esmeraldas, se había acercado al dios, seguido de un esclavo que sostenía sobre su cabeza un soberbio vaso de bronce en cuya cima guardaba incienso.

Contempló un momento el ídolo, haciendo amplios gestos y pronunciando palabras misteriosas; después arrojó en el agujero que se ensanchaba entre los dos brazos, alargados hacia adelante, como para agarrar las víctimas que le eran ofrecidas, un poco de harina y dos hogazas; después encendió una antorcha en la llama del incensario y prendió fuego a los haces de aloes, de cedro y de laurel.

Hecho esto, mientras la hoguera se corría rápidamente, envolviendo a Moloch Baal dentro de una cortina de fuego y escondiéndolo a todas las miradas, levantó los brazos al cielo, gritando con voz estentórea:

—¡Oh, fuego, señor supremo, que te levantas en nuestro país!

»¡Héroe, hijo del Océano, que te levantas sobre las olas!

»¡Oh, fuego, que con tu vivida llama haces la luz en la morada de las tinieblas y determinas su destino a todo aquel que lleva un nombre!

»Tú eres el que mezcla el cobre con el estaño para darnos armas.

»Tú, el que purifica el oro y la plata.

»Tú, el que llena de espanto el pecho del malvado en la noche.

»El hombre, hijo de Tanit, haga obras que brillen en el amor de la patria y resplandezcan como el cielo.

»Sea puro como la tierra.

»Y centellee como la mitad del cielo bajo la luz de Moloch Baal.

Terminada aquella extraña invocación, el sumo sacerdote del dios de bronce hizo una señal a los esclavos, que con largas astas de bronce removían los haces de leña.

A aquella señal fueron apartados los troncos, levantando un torbellino de chispas que la brisa que soplabá del mar arrebató, lanzándolas a prodigiosa altura, y el dios apareció todo hecho un ascua, con la enorme abertura del pecho humeando.

Se levantó entre la muchedumbre un grito de terror, que fue acallado al punto.

El sacerdote miró los elefantes, alineados a una y otra parte del ídolo y que daban señales de inquietud, espantados con todos aquellos tizones que ardían en el suelo, humeando y crepitando; miró luego por largo tiempo la multitud, mantenida a distancia por unas cuantas docenas de mercenarios númeradas; se acercó luego a los niños, que se estrechaban unos contra otros, lanzando lamentos desgarradores que hacían estremecer el corazón, y les arrancó a cada uno un puñado de cabellos que arrojó entre los brazos incandescentes de Moloch.

Se levantó un inmenso clamor en la plaza.

—¡La romana primero!

—La prueba —respondió fríamente el sumo sacerdote del terrible dios.

A estas palabras, pronunciadas con voz tonante, pareció como que corriese un estremecimiento sobre la multitud acorralada contra las casas.

Millares y millares de ojos estaban fijos en el sacerdote. EL

—¡Infundidles ánimo a estos niños! —dijo el sacerdote de Moloch—.

¿No veis cómo tiemblan? Mostradles cómo hay que sacrificarse por la patria y cómo el dolor no es nada.

Los sacerdotes se sacaron de debajo de sus fajas de púrpura sendos puñales de bronce, y con una serenidad maravillosa y al mismo tiempo repugnante, comenzaron a rajarse ferozmente el rostro y los brazos, mientras otros se introducían en las mejillas y en el pecho largos clavos, sin que se escapase de sus labios el más leve quejido.

Corría la sangre, manchaba sus vestidos, las carnes desgarradas se estremecían bajo el espasmo que su férrea voluntad no lograba dominar completamente, aunque permanecieran mudos como si no experimentasen el menor dolor.

—¡La prueba! —repitió el sacerdote de Moloch, mirando el ídolo siempre al rojo.

Con un gesto rápido cogió a uno de los veinte niños, lo levantó en alto y lo arrojó en el horno ardiente que se abría en el pecho del ídolo.

Se oyó un terrible grito que hizo horrorizar a la multitud y en seguida se escapó un vapor blanquecino por entre los brazos abrasados del devorador de víctimas humanas.

La cremación del desgraciado pequeñuelo había sido fulminante. Sus tiernas y rosadas carnes habían desaparecido, incineradas, en el antro espantoso del terrible dios.

Un inmenso clamor, salido de cincuenta mil pechos, estalló casi de súbito.

—¡La romana!, ¡la romana!

No era verdaderamente un clamor; era un aullido horrendo que resonaba como una rebelión contra la fría ferocidad del gran sacerdote y contra la insaciable voracidad de aquel monstruo broncíneo.

El sumo sacerdote se acercó a la doncella, que parecía petrificada por el terror; le arrancó un puñado de cabellos, que arrojó entre los brazos de Moloch Baal, y en seguida, cogiéndola por las muñecas, la arrastró hacia el fuego.

La boca del agujero era asaz grande para tragarla. Además, los esclavos que habían traído los haces estaban preparados para ayudar al sacerdote.

—¡Perdón! —exclamó la mísera, forcejeando desesperadamente.

—¡Moloch quiere ahora carne de nuestros enemigos, maldita! —dijo el sacerdote con una sonrisa de tigre—. ¡Abre el camino a nuestros hijos!

De pronto se produjo un movimiento repentino entre la muchedumbre que estaba cobijada detrás de la estatua del dios y en seguida una voz que parecía el eco de una tromba gritó, interrumpiendo el silencio que volvía a reinar en la inmensa plaza:

—¡Fulvia! ¡A mí, amigos!

Un hombre se había lanzado entre los sacerdotes con el ímpetu de una fiera enfurecida, derribando con sobrehumanas fuerzas cuanto se le ponía delante.

Era un guerrero de elevada estatura, moreno como un nómada, o como un verdadero fenicio, de ojos negríssimos, lo mismo que la barba, cubierta la cabeza con un yelmo de bronce, el cuerpo defendido por media coraza de escamas de igual metal, y en el puño una espada corta, ancha, de doble filo.

A su grito, cuarenta hombres, como él armados, de igual manera cubiertos de bronce, la piel casi negra, todos robustísimos y musculosos, salieron de entre las apreturas de la multitud, lanzando cavernosos gritos.

—¡Suelta a esta mujer! —aulló el guerrero con voz terrible, rechazando violentamente al sacerdote de Moloch, con la siniestra mano, mientras con la diestra levantaba el arma—. ¡Es mía!

—¡Cómo! ¿Te atreves a tal sacrilegio? —exclamó el sacerdote, indignado.

—Sí; a arrebatarla a ese monstruo de bronce, que no tiene otro valor que el de estar fabricado con metales que hemos ido a buscar a los mares nebulosos y sin estrellas del septentrión —respondió el guerrero.

—¿Quién eres tú que de tal manera te atreves a hablar?

—Soy un cartaginés que en el lago Trasímene salvó a Aníbal; un cartaginés que en Hispania decidió muchas veces las batallas en nuestro favor; un cartaginés que ha conquistado media Galia y al que la patria, en recompensa, envió desterrado a Tiro —respondió el guerrero, con acento desdeñoso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ya lo sabrás otro día, no esta noche. Entrégame a la romana o no respondo del peso de mi espada.

—¡Es una enemiga! ¡El pueblo lo sabe!

—Pues bien, yo le digo muy alto, a ese pueblo que me escucha, que esta mujer, cuando en el lago Trasímene caí herido de muerte de un venablo romano, me acogió en su casa y me curó como si fuese un hermano.

—¡No la arrebatrás a Moloch Baal! —gritó el sacerdote, enfurecido—. ¡Está condenada!

—¡Yo se la arrancaré! —respondió el guerrero.

—Estás ofendiendo al dios del fuego.

—¡Pues que me parta de un rayo, si puede!

La muchedumbre, espantada, no se atrevía a lanzar un grito. La fiera figura del guerrero, que desafiaba desdeñosamente al poderoso dios y a su sacerdote, ante los cuales temblaban aún los individuos del Gran Consejo y

que después del reto aún estaba vivo, había producido una impresión imposible de describir.

—¡Que avancen los elefantes! —gritó el sacerdote, que reventaba de rabia—. ¡Aplastad a este miserable que insulta nuestra religión!

El guerrero, de un empujón terrible, derribó al sacerdote haciéndole caer junto a uno de los que rodeaban a Moloch, y en seguida, volviéndose hacia sus hombres, que asistían impasibles a aquella escena, les dijo:

—Recordad cómo en Cannae rechazaban los romanos a nuestros elefantes.

Los cuarenta números se habían lanzado, como una masa fulminante, hacia las hogueras que estaban consumiéndose y al ver a los proboscidios avanzar amenazadoramente, con las trompas levantadas, habían comenzado a lanzar, con prodigiosa rapidez, contra aquellos colosos, un huracán de tizones ardientes.

Delante de aquella lluvia de fuego, los elefantes habían retrocedido berreando espantosamente, hasta que, presas de repentino pánico, se arrojaron sobre los mercenarios y el gentío, ocasionando una general desbandada.

Los camellos y los asnos, a su vez, espantados, se habían dado a la fuga, derribando a cuantos encontraban a su paso.

En un momento, la plaza se convirtió en el trasunto de una verdadera Babilonia. Todos escapaban gritando, refugiándose dentro de las casas o de las calles laterales, mientras los elefantes, enfurecidos por los tizones de fuego, derribaban los ídolos que rodeaban a Moloch y cargaban frenéticamente, sordos a las voces de sus guardianes, vibrando a derecha e izquierda formidables trompazos que abatían filas enteras de fugitivos.

El guerrero, sin preocuparse por lo que sucedía, se había lanzado hacia la joven romana, diciéndole rápidamente:

—¡Huye con nosotros, Fulvia!

—¡Hiram!

—Calla, no pronuncies mi nombre. Estoy muerto para mi patria —respondió el guerrero, con amargura.

Luego, volviéndose a los niños que se estrechaban unos contra otros, les dijo con dulzura:

—Volved a vuestras casas..., id mientras tengáis tiempo. Moloch, por hoy, os ha respetado.

Cogió a la joven romana por una mano y la llevó consigo.

Capítulo 2

A bordo de la *hemíolia*

LA CARGA DE los elefantes había puesto en fuga a la muchedumbre que se había puesto precipitadamente a salvo en las casas y templos vecinos. Hasta los sacerdotes habían escapado más que de prisa abandonando sus ídolos y sus estandartes, y los mercenarios que habían tratado de resistir el choque de aquellas masas monstruosas yacían ahora en tierra, aplastados o estropeados por los terribles trompazos y patadas de aquellas dos docenas de proboscidios.

Hiram, viendo que nadie le iba al alcance, después de libertar a los niños, había echado a correr a través de la gran plaza, obligando a la joven romana a seguirlo, mientras sus hombres, provistos de tizones encendidos para rechazar el probable ataque de los elefantes, formaban a derecha e izquierda de su capitán dos grandes líneas para protegerle contra cualquier peligro.

Llegados a una calle oscurísima por la que no discurría alma viviente, retardó el paso, diciendo a Fulvia:

—No me han reconocido; no han recordado en mí al desterrado de Tiro y, por lo tanto, nada tenemos que temer. A bordo de mi nave no vendrá nadie, al menos por ahora, a detenernos ni prendernos. Por otra parte, nos prevendremos.

—Te debo la vida —respondió la joven romana.

—Un día salvaste tú la mía, y yo era tu enemigo.

—No *mío*, porque soy etrusca, y no romana.

—Lo mismo da.

—Para mí, eras un hombre herido.

—Los de mi raza, si yo hubiese sido romano, no me hubieran dado cuartel —respondió Hiram, con voz grave—. Ya sabes cómo trataron a Atilio Régulo y a cuantos han tenido la desgracia de caer en nuestras manos. Sus pellejos, arrancados aún estremecientes y calientes de sus pechos, adornan nuestros templos.

Fulvia experimentó un estremecimiento de terror y bajó la cabeza sin responder.

—Apresurémonos —dijo Hiram, apretando el paso.

La joven etrusca, en vez de seguirle, se detuvo, mirando en pos de sí la tenebrosa calle.

—Nadie nos sigue —dijo el guerrero—. Han perdido nuestras huellas y han de habérselas aún con los elefantes.

—Tengo miedo de Fegor.

—¿Fegor? ¿Quién es ése?

—Un hombre a quien temo más que al gran sacerdote de Moloch Baal y los individuos del Gran Consejo.

—¿Por qué, Fulvia?

—Calla por ahora. Huyamos, Hiram. Tal vez nos vaya al alcance.

—Si nos lo da, le haré arrojar al mar con una piedra al cuello.

—No se dejará coger; es demasiado astuto y demasiado prudente.

—Apresurémonos, entonces.

Recorrieron con vivo paso algunas tortuosas calles que ninguna luz iluminaba y que se hallaban enteramente desiertas, por haber acudido la población en masa a la plaza para asistir a los sacrificios humanos, y llegaron finalmente ante una gigantesca muralla que se extendía hasta los muelles del pequeño mar interior.

Cartago podía rivalizar, en cuanto a sus fortificaciones, con la opulenta Tiro, que a tan dura prueba puso a los ejércitos de Alejandro el Macedonio cuando éste, en el año 332 antes de Jesucristo, emprendió su conquista, y también su destrucción.

Desde las colinas fronterizas casi con el desierto, estaba toda rodeada de murallas ciclópeas, compuestas, como la famosa de Arad, de bloques gigantescos, reunidos sin ningún cemento, y de baluartes parecidos a los que construyeran los egipcios miles de años antes.

Sólo algunas y muy angostas puertas daban entrada y salida a la ciudad, guardada siempre por buen golpe de mercenarios para impedir cualquier inesperada invasión.

Hiram, después de haberse asegurado bien de que nadie les había ido en seguimiento, se acercó a un portillo de bronce, frente al cual velaban algunos soldados.

—Dejad paso a unos marineros que vuelven a su nave —dijo Hiram, haciendo tintinear en sus manos algunas monedas de plata—. Han terminado ya los sacrificios a Moloch Baal.

—Que Melkart (el dios de los navegantes y de los mares) te sea propicio —respondió el guardia, abriendo el portillo de bronce.

—Gracias por el buen deseo —dijo Hiram—. Baal Hammon os proteja.

Se introdujo en un estrecho corredor, llevando de la mano a la joven etrusca, por no haber allí dentro ninguna luz, y seguido de sus húmedas llegó a la orilla del pequeño mar interior cuyas olas lamían los muros poderosos de la ciudad.

El grupo siguió durante algunos centenares de pasos una escollera, sobre la cual estaban hacinados gran número de cajas, barriles y voluminosos fardos, y se detuvo delante de una nave cuya popa se apoyaba casi contra la orilla.

Era uno de aquellos barcos que los griegos y fenicios llamaban *hemíolia*, con la proa y la popa bastante levantadas y muy encorvadas, especialmente la segunda, para proteger contra las flechas al *bortator* encargado de regular la batida de los remeros con la voz, o bien con un palo, y a los hombres que combatían bajo cubierta.

No había más que un solo banco de remos y a la sazón no llevaba ningún palo de arboladura, por lo cual las velas, hechas de pieles de cabra cosidas juntas, yacían arrolladas sobre el puente; pero, como las naves de guerra, llevaba a proa un largo espolón, tan agudo, que se proyectaba casi hasta la mitad de la rueda, forrado en bronce; era el famoso *rostrum* de los antiguos, destinado a hundir los flancos de las naves enemigas.

No era una nave larga, ni un verdadero buque de combate; se parecía más a aquellos pequeños barcos llamados *acatium*, de los que se servían con preferencia los piratas griegos y fenicios, porque no solamente eran más ligeros y manejables sino porque con una tripulación numerosa y aguerrida como la de que disponía Hiram, podía dar mucho que hacer a buques mucho mayores y provistos de más órdenes de remos.

El cartaginés hizo echar un puente entre el barco y el muelle y condujo a Fulvia a bordo.

—¿No hay novedad, Sidonio? —preguntó al *bortator* que había salido a su encuentro.

—Ninguna, hasta ahora, capitán.

A la opaca luz de una lamparilla de aceite suspendida del extremo de la gran curva que describía la popa, Fulvia vio que Hiram palidecía como si hubiese recibido noticias de una inesperada contrariedad.

—¡Conque no ha vuelto! ¿Se habrá perdido o la habrán matado? Sé que estaba en Cartago.

—No sé qué decirte, capitán. Aquí no ha vuelto.

—¿Dónde está Acó?

—Aquí estoy, capitán —respondió, presentándose, un joven marinero.

—¿Estás seguro de que era la suya la que has cambiado?

—Sí, capitán.

—La nuestra, entonces, debiera ya estar aquí.

—Eso creo yo también.

—¿A quién has dado la nuestra?

—A su esclava favorita.

Hiram parecía hallarse hondamente preocupado. Permaneció silencioso durante algunos minutos, interrogando ansiosamente las tinieblas con la mirada, y volviéndose luego a los hombres que le rodeaban y parecían compartir las ansias del capitán, dijo:

—Idos a descansar. Yo velaré. No se sabe nunca lo que puede suceder.

Mientras los nubes desaparecían silenciosamente bajo cubierta, Hiram se dejaba caer sobre el banco del *hortator*, sin apartar los ojos de los ciclópeos muros de la ciudad silenciosa.

Una mano que se apoyó sobre su hombro y le dio un ligero golpe sacó bruscamente a Hiram de sus meditaciones.

—¿Me has olvidado, Hiram? —preguntó una voz—. ¿El hermano no se acuerda ya de aquella que un día, en una humilde casa de la Etruria, llamó con el dulce nombre de hermana, aunque entre mi patria y la tuya hubiese un lago colmado de sangre? ¿Por qué me has salvado? No valía la pena exponerse a un peligro tan grande para arrancar de la muerte ¿a quién?, a una plebeya, a una hija del terruño, aunque sea del terruño romano.

Hiram se levantó.

—Perdóname, niña; es verdad, te había olvidado por un momento.

—¿Cómo no perdonar al que le debo la vida? —respondió la romana—. Sin ti, ¿qué sería yo a estas horas? Un puñado de polvo; ¡qué dolor no hubiera ocasionado mi muerte a mi anciana madre!

—¿A tu madre? —preguntó el cartaginés, asombrado—. ¿Está aquí?

—Sí, Hiram.

—¿Y cómo os encontráis en Cartago mientras yo os dejé libres y felices en Etruria?

—No conoces mi historia, pero creía, sin embargo, que sabías que estaba aquí.

—Lo ignoraba, Fulvia. De haberlo sabido, hubiera acudido a mis amigos para que te libertasen y te repatriasen. No faltan aquí naves fenicias que comercian con Neápolis (Ñapóles) y Puteoli (Pozzuoli) y hubiera sido fácil enviarte a tu país.

Esta vez fue la niña quien se mostró profundamente sorprendida.

—¡Me habrías retornado a Italia! —exclamó con acento de dolor—. ¿No te habías, pues, apostado con tus hombres en la plaza de Melkart para salvarme?

—Llegué a Tiro ayer por la mañana, disfrazado, al cabo de dos largos años de destierro —respondió Hiram—. ¿Cómo podía saber que hubieses sido condenada a ser inmolada a Moloch?

—¿Por qué, entonces, te encontrabas allí armado, con toda tu gente?

Hiram pareció quedar algo incomodado con la pregunta y permaneció silencioso un momento, mirando siempre hacia la ciudad.

—Tu patria ha vuelto a romper las hostilidades con la mía —dijo—. Por eso he huido del destierro y me encuentro aquí. ¿Podía permanecer yo allá, con los brazos cruzados, yo que he pasado diecisiete años combatiendo en Hispania, en las Galias y el lago Trasímeneo con el gran Aníbal, cuando la patria está en peligro? Verdad es que esta patria no se ha mostrado agradecida, como tampoco lo fue con Aníbal, pero he nacido dentro de esos muros y dentro de esos muros descansan también mis antepasados.

—¡Estabas desterrado! ¡Tú, uno de los más famosos capitanes de la república! —exclamó Fulvia.

—Sí, por odio de uno de los más influyentes individuos del Colegio de los Sufetes¹ y del Consejo de los Cien² —dijo Hiram, con voz amarga.

Hiram miró de nuevo el horizonte, con no menos ansiedad, y repuso:

¹ Sufete: miembro del senado de Cartago, similar al senador romano, pero perteneciente a una aristocracia más cerrada, a la cual no se podía acceder salvo por nacimiento.

² Consejo de los Cien: un comité selecto que dirigía todos los procesos del Gran Consejo de Cartago.

—No me has dicho aún cómo te encuentras aquí. Cuando te dejé eras casi una niña; te encuentro en Cartago hecha una mujer y tal vez esclava. ¿Quién te ha traído aquí?

—La guerra había devastado Etruria e incendiado nuestras casas, aun aquella donde estuviste refugiado y te curaste de las heridas. Mi padre, arruinado completamente, nos llevó a Cannae, donde tenía parientes que comerciaban con los fenicios de Tiro y de Rodas. Un día fondeó una nave, cargada de aquellos vasos espléndidos y de aquellas graciosas estatuillas que sólo sabe hacer aquel pueblo. Cuando terminó la venta, los fenicios, como solían hacer a menudo, nos convidaron a ir a bordo, so pretexto de hacernos regalos, y nos trajeron aquí.

—Y te vendieron como esclava —añadió Hiram—. ¿Cuánto tiempo hace que estás en Cartago?

—Dos años.

—¡Pobre Fulvia! —murmuró Hiram—. Entonces me hallaba yo muy lejos.

—Quizás sin acordarte de mí ni en lo más mínimo —dijo la joven.

—No, te engañas. En mis horas de desaliento veía a menudo tu casita, los árboles que la defendían del ardor del hirviente sol etrusco; una linda salita donde tu padre me curaba y la niña me cantaba dulces canciones para aliviar los dolores que me ocasionara la lanzada que me infirió un centurión romano, y que me había traspasado el costado. Aunque ha transcurrido mucho tiempo, ya ves que te he reconocido en seguida, aunque te hubiese dejado niña, pues no tenías entonces más de diez años. Y tú, ¿has pensado alguna vez en el guerrero cartaginés que tu padre y tu madre salvaron de la muerte?

—Más de lo que crees —respondió la etrusca, reprimiendo un suspiro—. ¡Cuántas veces habré soñado con el valiente joven, por enemigo que fuera de la gente itálica, extendido, todo lleno de sangre, sobre mi cama, fiero aun en el trance de la muerte y sonriente hasta en la agonía!... ¡Cuántas veces le he vuelto a ver como cuando después de aquella larga convalecencia se apoyaba en mi débil brazo hablándome de su patria lejana o refiriéndome tremendos episodios de la guerra! ¡Y cuántas veces no le he vuelto a ver cuando me dio el último adiós, una hermosa mañana de primavera, en el lindero del bosque que se extendía detrás de mi casa!...

Fulvia había levantado la cabeza mirando al cartaginés, pero no parecía que éste la escuchara ya. Inclinado hacia adelante, con los brazos extendidos, parecía que siguiese con la mirada algo que revoloteara.

—¡Hiram! —murmuró Fulvia.

—¡La paloma! —exclamó el cartaginés, haciendo un ademán de alegría—. ¡Ah! ¡Por fin! ¡Me la envía!

Hiram, dejando a la joven, corrió hacia la proa en cuyo coronamiento se había posado un ave cuyo blanquísimo plumaje resaltaba en la profunda oscuridad que rodeaba la nave.

El cartaginés la cogió con la mano, sin que el gentil enviado tratase de escaparse.

No tenía aquello nada de extraño, pues todas las naves fenicias y cartaginesas llevaban siempre palomas mensajeras para enviar noticias a sus allegados lejanos en caso de peligro.

Hiram la besó en el pico y luego buscó las alas.

—¡Ah! ¡Aquí está! —exclamó con un grito de alegría—. ¡Sidonio! ¡Una luz!, ¡una luz!

El *hortator*, que aún no se había dormido, salió de debajo del castillo de proa con una lamparilla de barro cocido, modelada en forma de cabeza de carnero.

—¿Ha llegado? —preguntó.

—Sí; he encontrado un rollito bajo una de sus alas.

El *hortator* levantó la lámpara, mientras Hiram desenvolvía un pedacito de piel barnizado de cera, sobre el cual se veían jeroglíficos trazados con algún alfiler o punzón.

—¿Qué hay? —preguntó Sidonio, que observaba el semblante del capitán y vio que palidecía intensamente.

—¡Va a quedar perdida para mí! —respondió Hiram con voz sorda.

—¿Qué dices?

—Dentro de tres días será esposa.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

El cartaginés permaneció perplejo un momento, llevándose las manos a la frente, cubierta de un sudor frío, y en seguida repuso:

—¿Puedo contar con la vida de mis númeradas, Sidonio?

—Como con la mía, capitán.

—¿Aun si los arrastrase a través de Cartago?

—¡Son unos mercachifles! —respondió Sidonio, con una sonrisa de desprecio—. Saben vender, pero no saben combatir, y sus mercenarios valen poco, si no son africanos como nosotros. Pero ¿vas a dejar que te la quite el hijo de algún mercader enriquecido o renuncias a disputársela a ese siniestro viejo que, nacido y criado entre la púrpura de Tiro y los aromas de Arabia, desprecia a la fuerte gente a que su patria debe la existencia?

—Me espera mañana por la noche —respondió Hiram.

—¿Y vas a ir?

—Sería un villano si no fuera, aunque debiera morir. ¡Que la vea un solo instante y olvidaré mi largo destierro de Tiro! Ella es...

Una mano que le cogió estrechamente por la muñeca le interrumpió.

—¿De quién hablas, Hiram? —preguntó una voz.

—¡Ah, eres tú, Fulvia! —respondió Hiram, soltando la paloma, que no había abandonado aún.

—¿De quién hablas?

—De una doncella —respondió Hiram.

—¿Cartaginesa?

—¿Y la amas?

Hiram iba a responder, cuando entre el leve murmullo de las olas del mar interior, al estrellarse contra los muelles y rumorear contra los costados de los buques, se oyó de súbito una voz que cantaba:

—«... el imprudente cree todo lo que le dicen, pero el hombre prudente sopesa todas sus acciones.

»... el sabio teme y vuelve la espalda al mal; el insensato sigue adelante y se cree seguro...».

—¡Fegor! —exclamó Fulvia, estremeciéndose—. ¡Guárdate, Hiram!

—¡Fegor! —dijo el cartaginés, fijándose en aquel nombre—. ¡Me has hablado ya de ese hombre! ¿Qué quiere ese miserable?

—Es un espía del Consejo de los Cien.

—Sidonio, un arco.

—Aquí está, capitán —respondió Sidonio, entregándole el arma y una aljaba llena de dardos.

Hiram cogió la una y la otra, se afianzó contra la borda y miró atentamente hacia el andén.

Aunque la noche fuese oscurísima, distinguió un bulto que se deslizaba cautelosamente entre las cajas y los barriles que lo obstruían y que continuaba cantando entre dientes:

—«... el imprudente cree todo lo que le dicen...».

Un agudo silbido interrumpió la frase, seguido de un ligero grito.

—Tocado —dijo Hiram—. Sidonio, anda a tierra y remátalo con la daga.

El *bortator* corrió hacia el puente que unía el barco con el muelle, empuñando una ancha y corta hoja, y desapareció en medio de las mercancías.

Su ausencia duró cinco o seis minutos, y luego Hiram le vio reaparecer con aspecto más compungido que alegre.

—¿Le has matado? —preguntó el cartaginés.

—El maldito ha desaparecido —exclamó el *bortator* con rabia—. Pero si se deja volver a ver, espero desquitarme.